

el Corresponsal

de Medio Oriente y Africa

Líbano: la espiral del rearme y de la violencia

Fecha Viernes, 16 mayo de 2008

Tema Opinión/Ideas

En este artículo, la autora, que considera que la crisis en el Líbano es ante todo producto de actuaciones libanesas, analiza el papel de los diversos actores locales e internacionales en el conflicto y prevé que en los posibles escenarios futuros las perspectivas de paz parecen escasas.

En una reciente entrevista a Ahmed Fatfat, ministro libanés y líder del Movimiento del Futuro de Saad Hariri, éste afirmaba: "No podemos pedir a los cristianos y a los sunnitas libaneses que abandonen sus armas cuando otros las tienen". La espiral de violencia en el Líbano ha empezado, y a tenor del número de víctimas mortales en una semana y la extensión del conflicto a diversas zonas del país, va a ser difícil detenerla. Por el momento han muerto más de 60 personas y los enfrentamientos han alcanzado Trípoli, el valle de la Bekaa, y las montañas de Aley y Chuf, al sureste del Líbano.

La explosión violenta iniciada el 7 de mayo ha tenido como detonante dos acontecimientos: por una parte, el decreto del gobierno para ilegalizar el sistema de telecomunicaciones de Hezbollah y, por otra, la destitución del jefe de seguridad del aeropuerto, supuestamente afín a esta organización. Sin embargo, los indicadores que alertaban de esta conflagración, y las causas que la han posibilitado, hacía tiempo que se hacían oír.

Indicadores en los preludios del estallido

Los incidentes violentos se habían multiplicado en los últimos meses, en paralelo al ya muy repetido vacío de poder, provocado por la falta de presidente desde el 24 de noviembre de 2007, la paralización de las sesiones parlamentarias desde hace un año y medio y la dimisión de varios de los ministros de la oposición (aunque en una piroeta semántica e institucional algunos actuaban como "*Acting Resign Ministers*"). Los actos de violencia han incluido enfrentamientos en las calles de Beirut entre partidarios de la oposición y de la mayoría gubernamental; varias muertes en una manifestación de protesta contra los cortes de luz a principios de enero; además de la sucesión de asesinatos de personalidades políticas o militares que no se ha detenido desde el del ex primer ministro Rafiq Hariri en febrero de 2005. Además, en estos dos años y medio se ha producido un conflicto armado en el campo de refugiados palestinos de Naher al-Bared y la agresión israelí del verano de 2006. Los efectos de tanta violencia se han evidenciado a múltiples niveles, sobre todo los de la guerra de 2006, que supuso un cambio en muchos sentidos. Primero, contribuyó a reafirmar el sentimiento de comunidad, sobre todo de la shiita, y, en consecuencia, reforzó a Hezbollah -y no sólo militarmente. Segundo, creó una crisis económica de gran magnitud, no por la reconstrucción -que corrió a cargo de países extranjeros (léase Irán para las zonas shiitas afectadas)- sino porque cayó automáticamente el turismo y la inversión exterior, las dos principales fuentes de ingresos del país. Por otra parte, el fin de la contienda implicó la presencia del ejército libanés por primera vez en el sur del Líbano, sin que ello supusiera un menoscabo de la fortaleza real de Hezbollah (de hecho, el

mandato de la resolución 1701 del Consejo de Seguridad de la ONU para garantizar que no hubiera armas al sur del río Litani significó, en la práctica, que las había pero que estaban escondidas).

Como indicador de lo que se avecinaba, durante el pasado año y medio creció la militarización de las calles y se constató un alarmante rearme de grupos e individuos. Así lo atestiguan los analistas, y así lo ilustra el aumento del precio de las armas ligeras en el mercado libanés: si un Kalashnikov era vendido en el mercado negro por unos 100 dólares hace un año, actualmente se adquiriría por más de 1.000. Más sorprendentemente, y dando fe del comentario del ministro Fatfat señalado al principio del artículo, el periódico Los Angeles Times reveló recientemente que el Movimiento del Futuro de Saad Hariri habría armado en el último año a una milicia sunnita, con ayuda de EEUU y bajo la forma de una empresa de seguridad.

En los últimos tiempos también se ha incrementado otro tipo de violencia, menos directa pero igualmente peligrosa: la violencia verbal de los líderes políticos, la violencia visual en forma de pósters, y la violencia por la presencia (aunque inicialmente festiva) de la oposición en el centro de la capital, otrora espacio de encuentro entre beirutíes de diferente adscripción confesional. A eso hay que añadirle el papel desempeñado por los medios de comunicación, particularmente la televisión, que según varios observadores ha tenido una gran responsabilidad en atizar discursos de odio. Esta violencia ha contribuido a un proceso de reafirmación y repliegue confesional, con el consiguiente miedo y el derivado rearme. Como prueba, una periodista beirutí relataba el impacto que le había ocasionado el documental del cineasta Hady Zaccak donde siete universitarios libaneses pertenecientes a distintas comunidades exponían discursos extremadamente excluyentes respecto a otras confesiones.

La violencia en el Líbano también se visualiza de otra forma bien específica: el culto al martirio. Y no sólo de los "luchadores" de Hezbollah, sino, tomando formas parecidas, con la muerte del ex primer ministro Hariri, con profusión de carteles en su honor, un mausoleo en pleno centro de Beirut, y un contador con los días transcurridos desde su muerte. Particularmente, el culto al martirio de Hezbollah, junto con su utilización de menores soldados, ha sido denunciado por diversas ONG de paz. Un activista afirmaba desde Beirut, en referencia a Hezbollah, que "mientras nosotros luchamos por la paz, ellos luchan para la guerra". Añadía: "hace falta cambiar la mentalidad de guerra y trabajar para crear una mentalidad de paz, y para ello son necesarios recursos, liderazgo y, sobre todo, tiempo". Asimismo, y en referencia a los 100.000 hombres que se afirma que Hezbollah es capaz de movilizar, se lamentaba: "pertenecer a su organización significa tener un trabajo, dinero, educación, casa y asistencia sanitaria".

Además, la función social y económica de Hezbollah aún cobra más sentido a tenor de la acuciante crisis económica que sufre el Líbano. El precio de las armas no ha sido lo único que ha aumentado en los últimos tiempos: los precios de los productos básicos también lo han hecho, signo de una crisis de gran magnitud, con un alto déficit gestado en tiempos del ex primer ministro Hariri y que estalló a partir de la agresión israelí de 2006. Los libaneses no sólo han tenido que soportar que el precio de los productos básicos se multiplicara en poco tiempo, mientras el salario mínimo se mantenía en 200 dólares, sino que han sufrido cortes, cotidianos y prolongados, de agua y luz. Todo ello ha derivado en un preocupante aumento de la emigración de personas y empresas a los países del Golfo, hasta llegar a denominar al principado de Dubai como "el segundo Beirut".

Luchas internas ...

Ante los análisis que reducen el conflicto a los dos ejes de polarización internacional (a saber, el

bando pro-occidental y el bando pro-iraní-sirio), cabe plantear dos consideraciones. En primer lugar, por supuesto que los intereses exteriores en el Líbano son enormes, pero la contienda libanesa es, ante todo, producto de actuaciones libanesas. Los que se enfrentan, los que no llegan a acuerdos políticos y los que proclaman mensajes incendiarios son libaneses. Y también lo son los enemigos acérrimos desde la última contienda que sufrió el país, un conflicto a múltiples bandas que se inició en 1975 y duró 15 años. Aquí están Samir Geagea (ex jefe de la milicia cristiana Fuerzas Libanesas), Michel Aoun (ex comandante de las fuerzas armadas) o Walid Jumblatt (líder druso que participó en las luchas contra cristianos en el Monte Líbano). Y aquí se llega a uno de los principales problemas del país y de gran menoscabo para la democracia y para la paz: la falta de renovación de las élites políticas. Efectivamente, la mayoría de los actuales líderes al frente de cada formación o bloque político son los mismos que hace 30 o 40 años.

En consecuencia, cabe decir que el presente conflicto en el Líbano obedece, ante todo, a una lucha de poder. No es casual que el detonante fuera una medida de fuerza contra Hezbollah (y su red de telecomunicaciones, considerada como esencial en su lucha contra Israel) ni que la respuesta de éste fuera tomar el acceso al aeropuerto y atacar los emblemas del complejo de Hariri (TV Futuro). Lo que se juega en el Líbano es la cuota de poder de los diferentes actores, que se mueven a remolque de las demandas de Hezbollah (y su aliado maronita Aoun): léase, el derecho a veto en el gobierno y el reconocimiento de su derecho a la resistencia ante Israel. Hezbollah, mientras alega la superioridad numérica de la población shiita a la que representa, desautoriza las actuaciones de la mayoría gubernamental a múltiples niveles: política económica (no en vano ha apoyado varias huelgas), sus alianzas internacionales (EEUU, principalmente), y sobre todo, no olvida el papel de los responsables libaneses durante la guerra del 2006, a quienes acusa de presionar para el retraso del alto el fuego. Así, la imposible elección de un presidente para el Líbano, pospuesta por decimotercera vez hasta el 10 de junio, no es más que el último de los desacuerdos políticos en una sucesión de enfrentamientos pasados y venideros.

En el fondo del enfrentamiento y oposición política subyace la eterna reforma pendiente en el país, reclamada por numerosos sectores políticos y de la sociedad civil: la reforma de la ley electoral que garantice una mayor proporcionalidad, descentralización y democratización. Es en el contexto de la marginación histórica de la comunidad shiita, en términos socioeconómicos y políticos, acompañada de la reciente agresión israelí directa, que Hezbollah saca su fortaleza, erigiéndose en una pieza fundamental del miedo y de la reafirmación y repliegue comunitario. Sin embargo, cabe constatar que no todos los shiitas se identifican con Hezbollah, siendo algunos claramente críticos con la organización armada.

Finalmente, a esta situación hay que añadir las fragilidades propias de la creación y configuración del Líbano, como el confesionalismo que ha permeado todas las esferas, creando, en opinión de varios analistas, una mentalidad de división que no sólo no ha sido desactivada, sino que ha sido en los últimos tiempos alentada ex profeso como forma de afianzar el sentimiento de comunidad ante el "otro" hasta construir una imagen sólida del "enemigo". Como ejemplo, responsables de programas de prevención de conflictos en el país constatan la contribución negativa del hecho de que los libros de estudio sean diferentes según se trate de escuelas cristianas, sunnitas, shiitas o drusas, y que la historia contada difiera sustancialmente entre ellos, ensalzando o vilipendiando a los mismos personajes según convenga.

...e intereses externos

Tras afirmar que la confrontación libanesa tiene un marcado carácter interno, no se puede

negar la existencia de países con evidentes intereses en este pequeño territorio. Un primer círculo lo forman los Estados vecinos (Siria e Israel), seguido por otro círculo integrado por los aliados de éstos (Irán y EEUU, principalmente). El Líbano ha sido, sin duda, ejemplo histórico de "proxy wars", donde instancias externas apoyan, incentivan y arman a los bandos enfrentados.

En el caso que nos ocupa, y después de que Siria se haya visto aludida en la confrontación, cabe decir que evidentemente Siria tiene intereses en Líbano y que la relación con el país vecino ha sido y sigue siendo muy compleja. Pero no se debe olvidar que Siria tuvo presencia en el Líbano durante cerca de 30 años con el beneplácito de EEUU y de los dirigentes nacionales, Hariri el primero. Y que si Siria tiene intereses en el país también los tiene EEUU, como lo prueba el que haya desplegado un barco de la armada enfrente de las costas libanesas. Si EEUU no puede permitir que Hezbollah sea una amenaza para su aliado israelí, Siria no puede olvidar que su enemigo Israel (que atacó su territorio el pasado septiembre) tarda dos horas en tanque desde Metula a Damasco, por lo que la alianza con Hezbollah responde, ante todo, a esta función de contención. En el listado de potencias externas interesadas, no se pueden olvidar los lazos históricos de Francia, ex potencia mandataria, en su particular función de protección a la comunidad maronita, ni los intereses inmediatos de los principales países que integran el contingente de la UNIFIL (España, Francia e Italia), que se encuentran ahora en una delicadísima posición.

Respecto de la denominación de los bandos enfrentados en términos del rechazo o afiliación a Siria, cabe consignar algunas matices. Si cuando se empezó a forjar la actual polarización política las relaciones con Siria constituían el eje de la división, actualmente, clasificar el enfrentamiento en términos de bando "prosirio" y "antisirio" no es más que una poco rigurosa simplificación. Como ejemplo y respecto de la instauración del tribunal especial para juzgar la muerte de Hariri (desde el inicio atribuida al régimen sirio por la actual mayoría gubernamental), efectivamente fue motivo de discordia entre los sectores opuestos: la actual mayoría gubernamental encabezada por el hijo del ex primer ministro asesinado lideró ante Naciones Unidas la petición del establecimiento de tal instancia judicial, mientras que Hezbollah y sus aliados denunciaron su politización. Sin embargo, Hezbollah y Michel Aoun firmaron en febrero de 2006 un documento de entente en el que condenaban el atentado y declaraban que era importante "proseguir con la investigación según los mecanismos adoptados oficialmente para conocer la verdad".

A estas alturas las incógnitas son numerosas: ¿mantendrá el ejército su neutralidad?; ¿se extenderá la violencia a los feudos cristianos (de momento a salvo pero que ya se están armando)?; ¿qué grado alcanzará la confrontación entre Hezbollah y los sunnitas, a pesar de los discursos de Hezbollah contra la *fitna* o guerra intramusulmana?; ¿podrían precipitar un enfrentamiento intraconfesional las acusaciones de traidor al líder maronita Aoun por parte del resto de cristianos?; ¿hasta qué punto el conflicto libanés contribuirá a extremar la ya polarización regional (eje Arabia Saudita/Egipto/Jordania vs. Siria/Irán)? Así pues, los escenarios son varios, pero las perspectivas de paz a corto plazo parecen pocas. El compromiso que acaba de alcanzar la Liga Árabe para que se reanude el diálogo entre el primer ministro Fouad Siniora y la oposición puede ser un modo de frenar momentáneamente la violencia. Pero, desgraciadamente, la espiral del rearme parece haber franqueado un peligroso umbral.

Núria Tomàs es Investigadora de la [Escola de Cultura de Pau](http://www.escola-de-cultura-de-pau.com/) (UAB, Barcelona).